

CAPÍTULO III: PIONEROS EMPRENDEDORES

“Canjeo cueros de vaca por tablonos y cerveza”:

Travesías marítimas esporádicas e intercambio comercial durante el siglo XIX

El primer acuerdo comercial firmado entre Suecia y la Argentina tuvo lugar en París en 1872, un cuarto de siglo después de que ambos países establecieran relaciones diplomáticas. La demora en suscribir un convenio muestra a las claras el poco volumen de importaciones y exportaciones entre esas dos naciones. El intercambio comercial entre Suecia y la Argentina, geográficamente tan alejados, fue esporádico en tanto el medio de transporte para atravesar el Océano Atlántico fue el barco de vela. Ninguna empresa sueca se asentó en Buenos Aires antes de 1880 ni tampoco hubo comerciantes suecos que se dedicaran al comercio en el Río de la Plata. Los ingleses, daneses, noruegos y principalmente los alemanes intermediaban en las transacciones entre suecos y argentinos, con los consiguientes recargos sobre los precios en ambos países.

Los registros del consulado describen a los pocos barcos suecos que recorrieron el Río de la Plata durante este período como “transportes cuya carga pertenecía al armador o al astillero”. En otras palabras, el propietario del buque traía esa carga, por su cuenta, corriendo el riesgo de no poder comercializarla en el puerto de destino. Los productos suecos más fáciles de colocar en el mercado eran el hierro y los artículos de madera, pero también se vendían muebles de hierro fundido, herramientas, cerveza rubia y negra, ponche (destinado a los “sedientos” suecos que vivían en el exterior), botellas de vidrio y alquitrán. Es probable que la gran cantidad de ladrillos que transportaban de regreso los barcos suecos sirviera como lastre, previo trueque de los mismos por adoquines del país del norte. Todavía hoy se pueden encontrar adoquines suecos en las calles de Buenos Aires (véase el capítulo VI).

La travesía entre los puertos del Báltico y del Río de la Plata duraba cien días. Durante el viaje los barcos corrían serios peligros, amenazados por las fuerzas naturales. En épocas de guerra se exponían al pillaje de piratas de naciones enemigas. Al llegar al puerto de Montevideo o Buenos Aires, corrían el riesgo de perder a la tripulación: el cólera se llevaba a algunos, pero los mayores “peligros” lo constituían el clima atractivo de las ciudades, las mujeres y las oportunidades laborales. Las deserciones y las fugas eran, por dichas razones, episodios habituales en esos días. Dos de las tabernas de marineros más populares del barrio de La Boca eran regenteadas por suecos; de allí sus nombres: *Svenska* (sueca) *Maria* y *Svenska Fina*; “Fina” es una apócope del nombre de la voluminosa propietaria del local, Josefina Petterson.

Brasil podía proveer a los barcos que regresaban a Suecia con productos tales como el café -- la infusión nacional sueca -- azúcar y algodón. Pero la Argentina no tenía una gran oferta de productos que interesara a los nórdicos. Un producto fácil de comercializar, la carne fresca, era imposible de ser enviada, dado que no existía la posibilidad de congelarla. Por ello, los barcos que volvían a Escandinavia llevaban consigo cueros de vaca, sebo, cerda, pelo vacuno, cuernos y carne salada.

A todo vapor

Durante la segunda mitad del siglo pasado los barcos de vela que navegaban el Atlántico Sur

fueron reemplazados gradualmente por barcos de vapor, la mayoría ingleses o norteamericanos. El primer barco de vapor de bandera sueca ingresó al puerto de Buenos Aires en 1884. Un joven y soñador capitán, Erik Adolf Adde, fue el hombre que condujo a la pequeña nave llamada “Kongsbacka” hasta el muelle porteño; este arribo puede ser considerado como el debut de las exportaciones suecas contemporáneas a la Argentina. La “cáscara de nuez”, cuya tripulación estaba compuesta por siete hombres y una mujer (Gerda, la esposa de Adde), llegó cargada de productos de la industria sueca. Las ventas arrojaron excelentes ganancias. Adde utilizó ese dinero como capital inicial para dedicarse al transporte fluvial. El barco fue rebautizado con el nombre de “Villa O’Campo”. La nave cambió también de bandera. Con el tiempo fue alquilado por el gobierno argentino para recoger los cadáveres de los muertos por el cólera que flotaban en el río. Los cuerpos de los infortunados eran llevados a la isla Martín García para su cremación. Dos suecos participaron en el macabro trabajo, el ex estudiante de medicina Georg Broström y el ingeniero Edward Bergström. Por ese motivo Broström recibió luego el apodo de “pescador de cadáveres”. Ambos fueron luego socios fundadores de la Asociación Sueca y el exclusivo “Club Indio” (véase el capítulo IV).

A fines del mismo año en que el capitán Adde arribaba a Buenos Aires, el dueño de astilleros Gustaf Fritiof Cavallin enviaba su primer barco de vapor para ver si podía obtener un buen precio por esa nave en el mercado argentino. El intento salió bien y durante los siguientes años se pudieron concretar cinco operaciones comerciales similares más. Cavallin invirtió sus ganancias y esperanzas en el país del futuro, la Argentina. Compró bosques y construyó un aserradero en la confluencia de los ríos Paraná y Río de Oro. La casa central de la firma G.F. Cavallin e Hijos residía en Rosario y era conducida por su hijo Carl. Todo iba bien hasta que una crisis económica y una inundación arrastraron con las inversiones y la empresa quebró.

Algunos barcos suecos de vapor cumplieron un papel pintoresco en el Riachuelo. Eran tres barcos que navegaban el Canal Göta de Suecia y que fueron entregados a sus dueños argentinos a fines de 1890. Sus nombres originales, con reminiscencias romanas, eran el “I”, el “III” y el “V”; los rebautizaron con los nombres de los principales periódicos porteños: “La Prensa”, “La Nación” y “El Diario”. Los resistentes barcos lograron superar el largo viaje a través del Atlántico y demostraron su temple en el tráfico fluvial recorriendo los ríos cercanos a Buenos Aires. Cumplieron su vida útil hasta ya entrada la década del 40 y aún en ese entonces alguno que otro anciano sueco pudo reconocerlos entre las barcas que esforzadamente transportaban carbón.

El Capitán Adde orienta el curso

Si hay alguien a quien deba rendirse homenaje por haber abierto el mercado argentino a los productos suecos, ése es el capitán Adde. Había visitado Buenos Aires como marinero y se entusiasmó con la idea de regresar a bordo del “Kongsbacka” cargando productos industriales suecos. Esa iniciativa, ya relatada en estas páginas, dio comienzo a una nueva época en las relaciones comerciales sueco-argentinas.

Después de un año como capitán de barcos de río en su nueva patria, Adde deseaba dejar esa vida para dedicarse de lleno a los negocios. En ese entonces se organizaba en el país una exposición

internacional sobre el agro y la ganadería. Adde pensó que era una excelente oportunidad para presentar los inventos y productos de calidad suecos, tales como el revolucionario “separador” que Gustaf de Laval patentara en 1878. Adde tenía apenas 30 años cuando se retiró como capitán; vendió su barco y viajó a Suecia para intentar despertar el interés de los empresarios en la exposición rural de Buenos Aires. Fue recibido por fabricantes de papel, dueños de fundiciones y talleres, a quienes convenció para que lo proveyeran de muestras de sus productos. El mismísimo rey Oscar II se ocupó personalmente de que Adde llevara consigo una caja con una buena variedad de semillas suecas.

En la Exposición Rural de 1886 el pabellón sueco fue centro de atracción de todas las miradas. Se trataba de un chalet de dos pisos, construido en madera por la empresa Ligna Snickerifabrik. El presidente Julio A. Roca lo eligió para utilizarlo como puesto de observación. Desde allí vio pasar el desfile militar, rodeado de diplomáticos y dignatarios extranjeros. A pesar del peso político (y en kilos...) de las personalidades, la casa aguantó firme. Aún antes de que se inaugurara la exposición, el chalet ya tenía comprador.

En un artículo de un periodista sueco que relataba lo acontecido en la muestra, se menciona a los visitantes del pabellón (sueco), que admiraban los cuchillos Eskilstuna, quienes fascinados contemplaban las muestras de papel y se agolpaban frente al mostrador para probar el ponche sueco. Afuera del pabellón se exhibían instrumentos de labranza y máquinas de más de diez fábricas, entre otras las provenientes de Uddeholm. El separador de Laval no fue visto como un aporte a la industria lechera, todavía poco desarrollada. En realidad, muchos creyeron que esa interesante máquina servía para ... lavar oro.

Al año siguiente de su exitoso debut comercial, Adde fue nombrado representante de la recientemente creada ‘Asociación Sueca para el fomento de las exportaciones’. La elección de la asociación fue acertada. Adde fundó un local permanente de exhibición de productos suecos en la Av. Belgrano 801, a pasos de donde hoy se encuentra la Casa de Suecia. Allí se vendían una gran cantidad de productos tales como papel, muebles, hachas, serruchos, cocinas, porcelanas, fósforos, ponche, dulces, conservas, etc.; es decir, casi todo lo que Suecia tenía para ofrecer...

Este primer local comercial sueco en Buenos Aires fue el trampolín que necesitaban muchos de sus empleados suecos. Estos jóvenes protegidos de Adde encontraron allí no sólo su “refugio” laboral: también fue el lugar donde debieron protegerse, literalmente hablando, de los disturbios ocurridos durante la “Revolución del 90” (al respecto, véase el próximo párrafo).

Como es obvio, Adde organizó todo para que Suecia participara en la siguiente Exposición Rural, en abril-mayo de 1890. Suecia contó esa vez con un salón propio que fue catalogado como el más elegante. Afuera se exhibían varios chalets de madera, la trilladora de Munktell, un molino de viento y una presentación especial de los productos Sandvik, anunciados con un eslogan “pegadizo”: “El fierro de Suecia no se rompe”. Adentro del pabellón estaban representadas 37 importantes empresas suecas, desde Barnängen (jabones y enjuague bucal) o Rörstrand (porcelanas) hasta Husqvarna (artículos del hogar) y Uddeholm (productos de acero). Por segunda vez consecutiva Adde logró vender “el envase”, es decir, el mismísimo local de exhibiciones. El llamado “Chalet de Ekman”, de 50 x 20 mts., fue adquirido por el primer colegio inglés de la Argentina. El chalet, de estructura sólida y gran calidad, fue montado y desmontado varias veces por sus compradores, sin mayores inconvenientes. Tanto el chalet como las máquinas de Separator S.A / Alfa Laval fueron galardonados

con el primer premio por las autoridades de la exposición ferial.

Sería interesante saber qué fue lo que ocurrió en la exposición de 1886. Algo debió suceder, ya que en la siguiente muestra se prohibió la ingesta de toda bebida alcohólica. Ése fue el único aspecto negativo en la exposición de 1890: los suecos no invitaron a los visitantes con ponche. Un sueco allí presente, el redactor de viajes John Landin, se consolaba explicando que la bebida, a pesar de todo, “podía conseguirse a precio razonable en el restaurante de Söderström, en la calle Esmeralda... y según algunos rumores, también en el restaurante frecuentado por marineros (“Svenska Maria”) en La Boca, en el puerto de Buenos Aires”. Los visitantes argentinos debieron conformarse con las cajitas de fósforos que Adde repartió gratis...

La seguridad es pan comido

En el local comercial mencionado anteriormente, ubicado en la esquina de las calles Piedras y Belgrano, tuvo lugar un curioso episodio durante la llamada “Revolución del 90”. Una buena parte de la población, con cierto apoyo militar, se rebeló contra el presidente Miguel Juárez Celman, cuestionado por su política económica y la extrema corrupción reinante. En las primeras horas de la mañana del 26 de julio, justo cuando el personal se preparaba para abrir el local de Adde, llegó uno de los empleados avisando que la rebelión, largamente anunciada, ya se había desatado. La gente que pasaba velozmente en sus carros tirados por caballos o los tranvías por la calle Piedras confirmó el comentario del empleado. Todos escapaban de los disturbios.

Para esos jóvenes suecos era emocionante encontrarse en el medio de un cambio políticamente importante. Decidieron ver los acontecimientos con sus propios ojos. Tres o cuatro de ellos, contentos quizá por la interrupción de la semana laboral, se dirigieron ansiosos hacia el centro de la ciudad. Los disparos se oían cada vez más cerca, pero los suecos, quizá ingenuos, estaban decididos a vivir esta experiencia, propia del “turismo-aventura”. Al enterarse de que los rebeldes habían establecido su cuartel general en la plaza Lavalle, se dirigieron hacia allí de inmediato. A la altura de Tucumán y Artes (la actual Carlos Pellegrini) se encontraron atrapados entre un grupo de policías a caballo y la metralla de los rebeldes. Los muchachos, que antes habían hecho alarde de su bravura, comenzaron a correr para salvar sus vidas y escapar de la línea de fuego. Apresuraron el paso, con “la cola entre las patas”, hasta que llegaron nuevamente a su lugar de trabajo.

A esa altura los enfrentamientos tenían lugar en las calles aledañas al local y no había posibilidad alguna de que los empleados volvieran a sus hogares. Uno de ellos, Anders Gustav Elowson, contó como solucionaron el problema y así lo relató en las memorias de la Asociación Sueca de 1923, publicadas con motivo del XXV aniversario:

Como no se sabía cuánto durarían los disturbios y al ser imposible dejar el local, era necesario pensar cómo resolver otro problema: qué podíamos comer. En el negocio había una buena provisión de latas suecas con conservas, galleta crujiente (*knäckebröd*), ponche, cerveza y agua ardiente; además, en el comercio ubicado frente al nuestro, había una confitería donde podíamos conseguir café, huevos, manteca, etc. por lo que el panorama, al menos en este aspecto, era prometedor. Más difícil resultó arreglárselas para dormir, ya que éramos ocho personas: el Sr. H. Mörtstedt, Wilhelm y Gustaf Goldkuhl, G. Thunmark, C. Svedelius, J. Ericsson, Håkansson y el que suscribe. La cuestión pudo resolverse acostándonos todos juntos entre las semillas de centeno. El cereal estaba depositado, secándose sobre unas gradas. Sin embargo el Sr. G.W.Goldkuhl prefirió dormir en un...

canasto de papeles.

Al día siguiente se acordó un armisticio y, a pesar de que la revolución había “fracasado” y los rebeldes habían capitulado, el presidente fue obligado a renunciar poco tiempo después. Elowson sobrevivió a la noche en que debió dormir en su “colchón de semillas”. Al año siguiente, Elowson dejó el negocio para establecer la que luego sería una importante fábrica de manteca (léase, al respecto, “Una banda lechera”). Veinte años después, fue elegido presidente de la Asociación Sueca (1911-1912).

Buena leche

En pocos años Erik Adolf Adde logró organizar dos exposiciones suecas, abrió un negocio de importación y escribió una gran cantidad de informes y anteproyectos a la Asociación de Fomento de la Exportación de Suecia. Logró, entre otras cosas, convencer a dicha institución para que ésta obtuviera una subvención estatal destinada a financiar una ruta marítima con barcos de vapor entre Suecia y la Argentina. La solicitud nunca fue aprobada.

Adde no pudo cosechar los frutos de su trabajo. Falleció en 1892, con tan solo 37 años de edad, después de un corto período de enfermedad. No dejó ninguna fortuna ya que todo su dinero lo había invertido en nuevos proyectos comerciales. Sus “herederos” fueron los jóvenes suecos de Buenos Aires, a los cuales ayudó a dar los pasos iniciales para que luego triunfaran. Diez de ellos lo habían seguido tras su visita a Suecia, en 1889. Varios consiguieron empleo en su local comercial; a otros los ayudó prestándoles dinero para comenzar sus actividades independientes; algunos recién llegados incluso fueron a vivir temporariamente a su casa, hasta que la situación les permitió mudarse.

Adde fue el primer representante en la Argentina de una gran cantidad de firmas suecas. Después de su muerte, sus “hijos adoptivos” se hicieron cargo de sus actividades. Su tenedor de libros y el primo de su esposa Wilhelm Goldkuhl, junto con el “pescador de cadáveres” Georg Broström, continuaron la venta de los productos de la firma Separator S.A., hoy Alfa Laval. Goldkuhl y Broström se vieron favorecidos por el inesperado crecimiento de la industria lechera argentina (tal como se lo describe en el siguiente párrafo) pero también debemos reconocerles su increíble visión para los negocios. Algunos años más tarde una periodista sueca describió así los resultados del olfato comercial de estos hombres: “Viaje donde viaje, ya sea a la fértil Santa Fe o las amplias planicies de Córdoba o La Pampa, es imposible pasar las estaciones de trenes sin ver al menos un cartel publicitario de Alfa Laval”.

Para la mayoría, estas máquinas hablaban por sí solas. La primera vez que la firma participó de una exposición en Buenos Aires en 1895, el separador de Laval ganó un nuevo primer premio. Entre 1895 y 1907 logró cosechar nada menos que 24 primeros premios y en 1905 una medalla de oro especial, otorgada por el presidente argentino Manuel Quintana. Dos años antes el creativo pabellón de Goldkuhl y Broström exhibió una fábrica de manteca en pequeña escala. Así lograron atraer una enorme cantidad de curiosos visitantes.

Como se ve, Goldkuhl y Broström sabían de marketing, pero también sabían prestar servicios. Habían vendido tantas máquinas separadoras y pasteurizadoras que, para atender la necesidad de

mantenimiento de esos productos, decidieron construir un taller de reparaciones en 1907. Esta iniciativa fue la primera en su tipo en la Argentina. Los clientes, grandes estancieros, escuelas y la empresa La Vascongada (poseedora en ese entonces de las instalaciones para pasteurización más grandes del mundo) recibieron entusiasmados la iniciativa de la firma sueca.

Una banda lechera

Vivan en el país que vivan, los suecos llevan consigo sus cortaquesos (una espátula con filo cortante que permite cortar al queso en fetas) y sus cuchillos de madera para untar manteca. Estos utensilios son “esenciales” para un pueblo que comienza su día tomando un café y un emparedado de queso (una sola rebanada de pan...) antes que una medialuna. Tales costumbres están tan arraigadas, que no es extraño ver a un sueco enseñando a sus amigos extranjeros el difícil arte de utilizar esas herramientas “tan prácticas”.

Abel Nordström, Hilmer Dahlgren y Harald Mörtstedt tenían en mente una máquina más grande y un público más amplio cuando en 1891 fundaron “La Compañía Escandinava” en Jeppener, al sur de la provincia de Buenos Aires. La máquina en cuestión era, por supuesto, el separador de Laval (que separaba la crema de la leche). El “público”, o mejor dicho, sus potenciales clientes, era una población que se aprestaba a vivir un crecimiento y un proceso de urbanización asombrosos.

Los tres suecos se dieron cuenta que el tratamiento de la leche en la Argentina, llevado a cabo de manera racional, era un negocio muy lucrativo: una verdadera y auténtica “vaca lechera”... Argentina era conocida mundialmente por ser la tierra prometida del ganado. Pero a fines del siglo pasado apenas se ordeñaba al 1 % de las vacas del país. La crema, la manteca y el queso, producidos en limitadas cantidades, eran fabricados artesanalmente por los “lecheros”, la mayoría de origen vasco. La demanda sólo podía satisfacerse importando esos productos desde Dinamarca y Francia.

“La Escandinava” modificó esa tendencia. Fue la primera empresa que exportó manteca argentina a Inglaterra. Equipada con los separadores de Laval que el capitán Adde había introducido en el país cinco años antes, los escandinavos pudieron aumentar la producción de exportación: de mil kilos al día en 1894 a cuatro mil kilos al día en 1899. Durante toda la década los tres suecos se convirtieron en *la crème de la crème* de la industria lechera argentina. A fines del siglo pasado, los productores de leche del país decidieron unirse y constituyeron una cooperativa que pronto compró a su predecesora, La Escandinava. Nordström y Dahlgren decidieron entonces crear una firma consultora. Se llamó “La Scandia” y lograron instalar varias empresas lecheras; también tuvieron a su cargo la administración de la inmensa firma La Cooperativa de Cremerías.

Otro importante miembro de la “banda lechera sueca” fue Anders Gustav Elowson, uno de los empleados del negocio importador de Adde entre 1887 y 1891. En Florencio Varela, al sur de la provincia de Buenos Aires, fundó una fábrica de manteca llamada “La Delicia”. Nacida el mismo año que La Escandinava, esta empresa creció rápidamente. Elowson pidió entonces ayuda a su compatriota John Wester para poder administrarla. La actividad se incrementó en diferentes áreas. La periodista y

redactora de viajes Ida Bäckmann (ver recuadro) informaba, entre otras cosas, que “la firma Elowson & Wester era la empresa que había comenzado la cría racional de cerdos en la Argentina”.

Los dueños de La Delicia introdujeron también la producción de caseína en el país. La caseína es una sustancia con la que se logra, entre otras cosas, que el papel adquiera más brillo y sea más permeable a la impresión en color. La caseína se obtiene de la leche, gracias a un proceso químico. La Argentina era un país agrícola riquísimo, donde los cereales se usaban frecuentemente como combustible y la nata de la leche -- esencial para la obtención de la caseína -- era desperdiciada. Wester decidió escribirle a su padre, un médico residente en Uppsala, pidiéndole ayuda. Quería conocer cuál era la fórmula con la cual se obtenía la caseína. El padre de Wester tenía amigos que eran químicos y podían socorrer a su hijo. Con la receta en la mano, fundó las instalaciones de Elowson & Wester, en las localidades de Glew y Gándara. Sus primeros dos clientes fueron una fábrica de papel en Buenos Aires y una fábrica textil en Escocia que necesitaba la caseína para fijar el color en sus típicas telas a cuadros.

Las relaciones comerciales sueco-argentinas se deshielan

Ya hemos dicho que la pequeña “cáscara de nuez” del capitán Adde, el “Kongsbacka”, sirvió como “rompehielos” en las frías relaciones comerciales entre Suecia y la Argentina. El primer barco de vapor del Río de la Plata tuvo muchos seguidores y su visionario capitán abrió caminos en otros campos. Las primeras firmas suecas de Buenos Aires tuvieron que comenzar sus actividades trabajando en pequeña escala, debido a la falta de capital. Pero a comienzos de este siglo, los bancos y las grandes industrias de Suecia comenzaron a ver las buenas posibilidades que se abrían en la Argentina para las inversiones. Decidieron entonces inyectar dinero en estas tierras.

El movimiento comercial entre ambos países creció considerablemente a partir de 1904, cuando el perspicaz propietario de astilleros y cónsul general Axel Johnson inauguró la primera ruta marítima de barcos de vapor entre Gotemburgo y Buenos Aires (al respecto, léase el Capítulo VI). El primer año viajó un buque cada dos meses; a partir de 1909 partía un barco cada cinco semanas y luego siguió aumentándose la frecuencia hasta un viaje cada tres semanas. Los barcos eran cargados en Gotemburgo con artículos suecos de exportación y dejaban el puerto de Buenos Aires repletos de semillas de lino, cereales, lanas y cueros.

La primera firma sueca, Goldkuhl & Broström, tuvo pronto “compañía”. Lindelöf & Cía. fueron los representantes de las máquinas de “Allmänna Svenska Elektriska Aktiebolaget (hoy conocida como ASEA, luego Asea Brown Boveri o ABB). Ludvig (“Luis”) Lindelöf también se dedicó al cemento, la telefonía, las lámparas incandescentes, etc. Svensson & Ohlsson, fundada por Pedro Svensson y Ernesto Ohlsson en 1907, hizo excelentes negocios importando lámparas “Lux”, papel para diario, faros de la fábrica AGA, motores marca “Bolinder”, etc. Asimismo esta empresa entregó cientos de miles de adoquines para la construcción del nuevo puerto de Buenos Aires (véase el capítulo VI). Las competidoras Tellander y Mark también se dedicaban al cemento y otros materiales para la construcción. Eran además los agentes generales de Husqvarna en el país. La importadora Brander, Bergström & Cía. inició sus actividades en 1909 y se dedicó a diversas actividades, principalmente a la venta de maquinarias para la construcción y la agricultura. Las máquinas Caterpillar de Brander fueron utilizadas en la construcción de la Avenida del Libertador.

Estas firmas se constituyeron durante la primera década de este siglo; sin embargo, la base

sobre la que nació la colonia sueca en Buenos Aires ya había sido creada por los ingenieros, arquitectos y comerciantes que buscaron fortuna en la Argentina entre los años 1870 y 1890. Fueron esos pioneros quienes fundaron la Asociación Sueca en 1898, una piedra fundamental que será relatada en el próximo capítulo.

El rey del Chaco y el escándalo del dulce de arándano

Alguien puede pensar que todos los laboriosos y emprendedores ciudadanos suecos vivían en Buenos Aires. Esto no fue así. Además de la actividad importadora en la capital o la fabricación de manteca en las pequeñas ciudades de los alrededores de ella, los suecos se dedicaron a explotar los recursos naturales del país. La tierra, el azúcar y la madera los llevó a otras provincias. Los suecos de Buenos Aires fueron los que establecieron las bases para la creación de la Asociación Sueca. Si bien los suecos residentes en Brasil cruzaron la frontera hacia la provincia de Misiones, en el norte argentino, y fundaron la ciudad de Villa Svea -- hoy Oberá -- (véase el capítulo V), lo cierto es que los inmigrantes suecos de la capital fueron la única gran “colonia” hasta 1910.

Suecia es un país cubierto en un 90% por bosques. No resulta extraño que algunos suecos sufrieran de agorafobia, una enfermedad que provoca miedo de atravesar los espacios abiertos, tal como la inmensa e infinita pampa; y menos raro todavía, que intentaran encontrar un refugio entre arboledas donde poder vivir. La superficie del país estaba cubierta por árboles en tan solo diez por ciento. Pero en las provincias de Chaco y Santiago del Estero crecían quebrachos, cedros, algarrobos y otras valiosas especies. Los constructores de vías férreas Carlos Christiernsson, John Ryberg, Gustaf Lagerheim y Gustaf Fogelström cambiaron de “carril” empresarial: compraron bosques y levantaron aserraderos. La Madre Naturaleza se burló de los leñadores suecos y rompió sus hachas debido a la dureza de esos árboles. “Quebra hacha”, el quebracho, había hecho nuevamente honor a su nombre. Los leñadores no se amilanaron y encargaron hachas más resistentes a la firma Tellander & Mark de Buenos Aires. El estocolmeño Fogelström fundó una empresa dedicada a la fabricación de carbón, postes y durmientes en Santiago del Estero. Christiernsson y Lagerheim se atrevieron a internarse en el Chaco donde los indios aún mandaban, y atacaban, según algunos, a los que osaran usurpar sus tierras. Christiernsson se trasladó a esa zona inhóspita en 1876; Lagerheim lo hizo en 1891. Pero los dos escandinavos hicieron buenas migas con la población local. Los lugareños llamaban a Lagerheim “don Gustavo” o “el rey del Chaco”. La palabra “chaco” significa “desierto”; por ende, don Gustavo podría ser considerado “el rey del desierto”. Otros, como Christiernsson, defendieron el medio ambiente. También el ingeniero Arvid Kullberg tuvo la misma actitud: plantó cientos de árboles frutales, sauces y álamos en tres islas que compró en el delta del Paraná. A esas islas las bautizó con los nombres de Svea, Göta y Nora. Los arcaicos nombres propios nórdicos parecen haber sido muy importantes para estos pioneros suecos. Así, un ingenio azucarero del Chaco también fue llamado Svea (véase el capítulo II) -- *Moder Svea* significa Madre Suecia en sueco.

Más de cien ingenios de la provincia de Tucumán eran propiedad de Ernesto Tornquist, quien empleó, entre otros, al estocolmeño Anders Hermanson. Este hombre había trabajado anteriormente para en la refinería de azúcar del “rey del aguardiente” L.O. Smith, en Kungsholmen, en la capital sueca. Hermanson fue reemplazado por el sureño Herman Tullström, oriundo de Escania, quien había llegado a la Argentina en un bote de remos – desde el Paraguay. A principios de siglo Tullström era

considerado el mayor experto sobre azúcar de todo Tucumán.

Vale la pena mencionar un gracioso episodio que ya forma parte de la historia de las exportaciones de Suecia. Cuando la empresa de la familia Cavallin de Rosario quebró, Carl Cavallin intentó dedicarse a la tala de árboles y la agricultura en la provincia de Chaco, pero pronto regresó a Rosario, donde actuó como vicecónsul sueco entre 1889 y 1895. Las causas por las cuales debió abandonar el cargo diplomático fueron producto de un incidente casi surrealista. Como todos saben, los argentinos residentes en el exterior extrañan la carne, el mate y el dulce de leche. Los suecos, por su parte, se desviven por el dulce de arándano. Un tal Medin, capitán de navío de la ciudad de Östersund, tuvo la ocurrencia de enviar inmensas cantidades de dulce de arándano al viceconsulado de Rosario para su venta, sin avisarle previamente a Cavallin ni tampoco haber evaluado la demanda de ese producto en la provincia de Santa Fe... A pesar de que el vicecónsul devolvía los envíos tal como los recibía, el dulce de arándano seguía llegando en forma ininterrumpida. Los suecos nostálgicos que vivían en Rosario se apiadaron del funcionario adquiriendo algunos frascos, pero la gran mayoría de ellos comenzó a fermentar debido al calor reinante. Medin hizo su reclamo ante el Colegio Real de Comercio de Suecia, quien trasladó la protesta al cónsul general de Suecia en Buenos Aires. Irritado por haber sido involucrado en el escándalo, el cónsul envió un duro mensaje a Cavallin solicitándole explicaciones sobre el destino de los dulces. El sarcástico Cavallin contestó la carta de inmediato: el consulado general recibió cientos de frascos con dulce en mal estado o envases que ya habían explotado, producto de la fermentación. El consulado general también debió ocuparse de conseguir un nuevo vicecónsul general en la ciudad de Rosario...

Ida a la Argentina

Muchos de los datos citados sobre los aportes de los suecos en la Argentina han sido extraídos de un libro muy peculiar, editado en 1910 con un título algo extenso: “El desarrollo de la Argentina en el primer siglo de su independencia y los suecos allí durante este período”. Su redacción significó visitar firmas suecas en Buenos Aires, estancias de la provincia de Córdoba e ingenios de Tucumán. La obra se basó en entrevistas a destacadas personalidades suecas y argentinas de la cultura, la política y la industria e incluso se logró que todas ellas la auspiciaran. El libro fue el producto del trabajo de una sola persona: Ida Bäckmann.

Que en 1909 una mujer viajara sola al extranjero y lograra ingresar en el mundo de los negocios, dominado por los hombres, es al menos algo digno de destacar. Pero la señorita Bäckmann, una maestra que escribía sobre sus viajes durante las vacaciones escolares, no era una mujer común. Fue una periodista y escritora muy controvertida. Los historiadores de la literatura escandinava la citan no tanto por su literatura, sino por haber sido la amiga “original y extravagante” de los famosos escritores suecos Gustaf Fröding y Selma Lagerlöf.

En su niñez le decían “Röpecka”, un juego de palabras en sueco que hace alusión a su cabellera pelirroja y su actitud varonil. Era, en apariencia y carácter, una mujer rebelde y enérgica. Durante toda su vida se relacionó con feministas. Ya desde pequeña mostraba cuál sería su actitud ante la vida. Bäckmann estudió en una escuela para niñas de Estocolmo, cuya rectora se convertiría con el tiempo en su amiga. El ascendiente que la rectora tuvo sobre Bäckmann fue notable, en particular la admiración que la maestra feminista sentía por Fredrika Bremer, la escritora sueca que describió varios viajes, entre ellos uno a los EE.UU. y otro a Cuba, entre 1853 y 1855, “Los hogares del nuevo

mundo”. Aunque Ida fue un paso más allá: escribió sobre las empresas en el nuevo mundo. Bäckmann fue, sin duda, una mujer cuyo objetivo en la vida no era ser una simple ama de casa...